

Es tal la magnitud de una posible biblioteca nacional digital, que debe buscar cimientos sólidos, que impidan la manifestación de ese mexicanísimo síndrome que es querer inventar todo, siempre, desde cero. Con guiños a la historia y una franca apuesta por las humanidades digitales, este texto llama a definir estrategias de cooperación entre los muchos proyectos que hoy convierten libros en bits

ARTÍCULO

Bibliotheca mexicana: virtud, condena, posibilidad

ERNESTO PRIANI SAISÓ

BALÓN CANÁ

BLANCO

EL LLANO EN

LA SUAVE PAT

LA VISIÓN DE

LAS BATALLA

LOS FAVORES

En la primera mitad del siglo XVIII, Juan José de Eguiara y Eguen, catedrático universitario y sabio novohispano, comenzó la redacción de una obra a la que llamó simplemente *Bibliotheca mexicana*. Su propósito, nada modesto, era hacer “la historia de los hombres eruditos nacidos en la América Boreal o en otra parte pero que, por su domicilio o sus estudios estuvieran arraigados en ésta, y hayan legado algo por escrito en cualquier lengua”. Reaccionaba así a las afirmaciones del deán de Alicante, un tal Manuel Martí, que había negado —como muchos intelectuales europeos de la época— la capacidad de los habitantes del nuevo mundo para consagrarse al estudio.

El de Eguiara es el primer esfuerzo sistemático por identificar, reunir y preservar la memoria de los hombres y sus obras en la Nueva España. Una estrategia contra el olvido y el desprecio que resultó desmesurada para un solo hombre y terminó por quedar trunca. El manuscrito que aún se conserva no llega ni a la mitad del abecedario —se detiene en la letra J—, y de éste sólo vio la imprenta en tiempos de su autor —pero sin mucha más suerte en nuestros días— únicamente la parte que cubre las referencias de la A a la C.

Por supuesto, hubo otros que siguieron con el proyecto: Mariano Beristáin, Joaquín García Icazbalceta, Vicente de Paul Andrade, José Toribio Medina. Pero tampoco llegaron a su fin. El problema no fue sólo la enormidad del objetivo, sino la constante vuelta al principio. Cada uno de ellos comenzó la empresa con una nueva metodología, metas e intenciones propias, que hicieron de la historia de la *Bibliotheca mexicana* un inexorable retorno al punto de partida.

Es difícil no pensar en el destino de estos esfuerzos cuando se discute la idea de una Biblioteca Digital Mexicana. Por un lado, la tecnología abre la puerta para, siguiendo el espíritu de Eguiara, construir una gran biblioteca de los autores y las obras mexicanas; pero por otra, nos enfrenta también a la tarea de hacerlo sin repetir su historia, de imaginar un trabajo colectivo que pueda aproximarse a su fin.

En este artículo me interesa discutir con detalle algunos aspectos que deben contemplarse en la concepción de una Biblioteca Digital Mexicana. Se trata de proponer principios de metodología del trabajo y colaboración, sobre los cuales establecer los cimientos de esa posible biblioteca. Aunque existen ya algunos antecedentes —incluso hay uno que lleva el nombre de Biblioteca Digital Mexicana—, estamos muy lejos aún de poder emprender una discusión en los términos en que la lleva a cabo Robert Darnton en el texto que se publica en este número de *La Gaceta*, en el cual examina la viabilidad del proyecto de la Biblioteca Digital Nacional de Estados Unidos. En México nos encontramos en una etapa previa donde debe reflexionarse alrededor de cuestiones mucho más generales, como la del fin y el sentido de la biblioteca, los quiénes la emprenderán y los cómo emprenderla, el espíritu y la forma de hacerlo, la metodología y la tecnología que deben servir de herramienta.

Para comenzar, me parece, hay que tener muy claras algunas cosas: una Biblioteca Digital Nacional no es una empresa individual, ni siquiera si hablamos en términos de instituciones. Se trata de un proyecto cultural que sólo es concebible en términos nacionales y que puede llegar a constituir el epicentro del esfuerzo cultural de las próximas décadas. Es imaginable que en torno a tal proyecto —que no se reduce a una colección de libros, sino a la de muchos otros productos culturales— se tengan que reunir un gran número de instituciones grandes y pequeñas, de empresas públicas y privadas, pertenecientes a todos los ámbitos de la cultura y de la tecnología. Y eso implica el desarrollo de un trabajo basado en la colaboración, cuyos por menores son en los que me interesa ahondar.

EL CONTEXTO Y LA HISTORIA

Desde antes de la popularización de internet en los años noventa, la digitalización e indexación de todos los libros existentes eran ya una de las aspiraciones declaradas de la cibercultura. Ya en el lejano 1971 el Proyecto Gutenberg (www.gutenberg.org) tenía como meta, en una época en que pocos pensaban que las computadoras podían servir para

conservar libros, utilizarlas para guardar, recobrar y buscar lo que hay en una biblioteca.

Es verdad que en un principio el proyecto no fue concebido como una biblioteca, y la discusión sobre cuáles libros y en qué ediciones debían formar parte del proyecto no era un tema relevante. Pero el nacimiento, en 1985, de proyectos como el Perseus Project (www.perseus.tufts.edu/hopper) que crece alrededor de una muy rigurosa colección de textos clásicos, hizo evidente que la relevancia y el valor de las colecciones tenían que ser uno de los asuntos centrales en la formación de bibliotecas digitales.

La discusión cambió súbitamente en 2004 cuando Google lanza Google Print, que más adelante se transformaría en Google Books. La entrada de un enorme corporativo privado de internet al mundo de la digitalización modificó por completo las implicaciones de construir una biblioteca digital. Desde un inicio, se puso en cuestión cuál podía ser el interés de la empresa en emprender la digitalización de millones de libros. La sola posibilidad de que se tratara de un proyecto comercial —como parcialmente lo es ahora— hizo que muchos lo vieran como una amenaza.

En los hechos, Google ha digitalizando y hecho accesibles una enorme cantidad de libros mediante una tecnología y un sistema que le son propios. Esto significa una apropiación de la imagen digital de millones de libros, que en un principio eran propiedad de bibliotecas públicas. Lo que ya le ha significado diversas demandas, tanto de autores como de las bibliotecas, por los serios problemas de propiedad y derechos que están implicados. Además de los problemas que representa esta apropiación, está la cuestión de qué es exactamente Google Books. No se trata de una biblioteca pues no es ése su fin. Su estructura, lógica y arquitectura en ocasiones corresponden más a las de una librería. Además, está el problema de la colección y de la cultura que ésta representa, pues hablamos aquí que se trata de una colocada en posición de dominancia cultural dentro de internet, por la importancia y la visibilidad que el servicio de libros de Google tiene.

Para los países europeos, pero especialmente para Francia, Google Books representa una amenaza cultural que debe ser contrarrestada con la construcción de una gran biblioteca digital nacional. De modo que la Biblioteca Nacional de Francia impulsó, con Gallica, su biblioteca digital (www.bnf.fr/fr/collections_et_services/bibliotheques_numeriques_gallica.html), un proyecto llamado Europeana (www.europeana.eu), un portal de acceso a las bibliotecas digitales europeas que sirviera para formar una colección digital del patrimonio cultural europeo. En la misma línea hay que colocar el proyecto emprendido por la ONU y la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, llamado Biblioteca Digital Mundial (www.wdl.org/es), un modelo más museográfico que bibliográfico, que está creciendo en paralelo.

En este contexto de definición de exigencias de rigor bibliográfico y académico, así como de dar respuesta a la necesidad de preservar y dar accesibilidad al patrimonio nacional frente a un peligro de apropiación por una empresa privada, es que debe discutirse la idea de construir una Biblioteca Digital Mexicana.

LOS AVANCES Y LOS PROBLEMAS

Los proyectos emprendidos hasta ahora en México son dispares en su calidad, rigor y relevancia. Se han desarrollado de manera aislada, sin el interés de hacer confluir políticas o decisiones estratégicas que pudieran en algún momento hacerlas converger. Ejemplos hay varios. Están los proyectos de gobierno, como la Biblioteca Digital Mexicana (bdmx.mx), auspiciado por Conaculta, Grupo Carso, el Archivo General de la Nación y el INAH, que sigue las especificaciones de la Biblioteca Digital Mundial; o la Biblioteca Digital del Bicentenario, realizada por el Centro de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, (www.bicentenario.gob.mx/bdbic), una colección de PDF hecha para el centenario de la revolución. Están también los proyectos universitarios como la Biblioteca Digital del Pensamiento Novohispano (www.bdpn.unam.mx) de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM o la Biblioteca Virtual de la Novela Corta (www.lanovelacorta.com) del Instituto de Investigaciones Filológicas también de la UNAM; así como los grandes proyectos de escaneo de fondos reservados emprendidos por la Universidad de Nuevo León (cd.dgb.uanl.mx), o el de la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM, que no es pública aún, o la de las bi-

bliotecas particulares de José Luis Martínez emprendida por Conaculta.

Sin entrar en detalles, la falta de coordinación, la ausencia de una visión y una metodología común, pero sobre todo de una discusión abierta en torno a cómo organizar una Biblioteca Digital Mexicana, ha limitado los esfuerzos, dispersado los recursos e impedido la confluencia de los proyectos para crear una sola biblioteca.

CONTRA LA MALDICIÓN DE EGUIARA

Una Biblioteca Digital Mexicana no puede ser el resultado de un esfuerzo individual, sino de la colaboración entre un sinnúmero de instituciones. El tamaño del esfuerzo, la necesidad de que éste se haga con un estricto rigor académico, hace necesario establecer una metodología de trabajo que facilite el trabajo conjunto de distintos grupos de digitalización e investigación, pero también que sienta las bases para que esa biblioteca sea no sólo una referencia bibliográfica sino un centro de investigación del cómputo en humanidades en sentido estricto.

Lo que propongo aquí es que el modo de formar una Biblioteca Digital Mexicana no puede partir sino de un trabajo en red de las distintas instituciones y grupos que han emprendido ya o emprenderán proyectos de digitalización del patrimonio cultural. Esto implica la conformación de un consorcio o de una entidad independiente conformada por las instituciones participantes, cuya función sea la de establecer políticas y estándares de trabajo orientados a la colaboración. El asunto central no es necesariamente la unificación de los proyectos, tanto como la posibilidad de integrarlos a partir de la adopción de políticas comunes de agregación, utilización de metadatos, indexación, etcétera. En otras palabras, de hacerlos converger en una plataforma común, sin que ello implique renunciar a sus fines específicos de investigación, documentación, etcétera. En algunos casos, por supuesto, esto requerirá del abandono de ciertas tecnologías, como el PDF, debido a las dificultades para su indexación, así como por el hecho de utilizar una plataforma propiedad de una empresa, que compromete la propiedad de los objetos digitalizados. En otros, hacerlo significará tan sólo seguir unos estándares de trabajo comunes para hacer posible la integración.

Es conveniente, por supuesto, que los estándares tengan como principio el uso de una tecnología abierta, que no comprometa el proyecto a la política de proveedores de software o de otras empresas, y que se siga en consecuencia una política de acceso abierto, tanto tecnológico como de contenido, no sólo porque hablamos del patrimonio de los mexicanos —un tema en el que hasta ahora muchas instituciones han tenido una posición ambigua, si no es que francamente de apropiación del patrimonio—, sino porque la apertura tecnológica y de contenido permite la creación libre de nuevas colecciones o de herramientas para la explotación de la información contenida en la biblioteca; objetivos los dos muy importantes para hacer crecer el valor de la biblioteca y para colocarla dentro de un proyecto global de digitalizar las humanidades.

Una biblioteca de este tipo debe ser la suma de los esfuerzos grandes y pequeños de todos los grupos de digitalización dispersos por el país. Tendrá que ser, por ello, un proyecto horizontal y descentralizado, cuyos objetivos necesitan estar definidos por la dinámica misma de esos grupos y por las necesidades comunes de acceso y explotación de la información. Definidos por la tarea común de hacer accesible y enriquecer el conocimiento del patrimonio de México, y por el interés expreso no sólo de trasladar los objetos del patrimonio al ámbito de la digitalización, sino de desarrollar conocimiento a partir de ese hecho. Sólo así, me parece, podremos salvarnos de la maldición de Eguiara. ◀

Ernesto Priani Saisó, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, es un estudioso, practicante y promotor de las humanidades digitales. Entre 2003 y 2008 tuvo a su cargo la Revista Digital Universitaria; encabeza la Biblioteca Digital de Pensamiento Novohispano (www.bdpn.unam.mx).